

Sección Bibliográfica

MARCEL BATAILLON: *Erasmus y España*. Fondo de Cultura Económica. México, 1956, 2.^a ed. Traduc. de Antonio Alatorre. 922 pp. + CXVI y XXXII lám.

Los siglos xv y xvi son los momentos en que el mundo civilizado emprende un nuevo camino. El movimiento renacentista, la Reforma y la Contrarreforma configuran una fisonomía conocida. Sin embargo, hasta la aparición de la obra de Bataillon, cuya segunda edición corregida y aumentada ve ahora la luz, el panorama de todos estos movimientos era muy poco y mal comprendido, cuando no simplemente tergiversado. Parecía como si España no hubiera tenido que ver mucho con Europa en atención al desarrollo espiritual, cosa que resultaba contradictoria al compararla con su evolución político-social, el lugar preponderante de nuestro país en el concierto de las naciones y su vigor bélico. Además de todos estos acontecimientos culturales, en la Península se asiste a otros de singular relieve, la consumación de la unidad nacional, balbuceante y débil en principio, vacilante muchas veces y no conseguida con plenitud hasta mucho tiempo después, pero objetivo desde esos años que está en las mentes políticas más influyentes, determinando la peculiar orientación de algunas ramas de la cultura, tal como sucede con la lingüística, según ha mostrado Werner Banher (1) y los estudios sobre el origen y preeminencia del castellano, contribuyendo a conformar el humanismo en un sentido concreto. Aspecto éste que Bataillon, más preocupado por otros pormenores, quizá ha dejado a un lado.

España no es —y esto disuelve la apuntada contradicción— marginal a la evolución reformadora europea. El final de la Edad Media y la eclosión renacentista han tenido, entre otras, la virtud de problematizar definitivamente el conjunto de valores, intereses, ideales, etc., que constituyen los ejes de la vida espiritual del país. La primera consecuencia será la revisión de la Iglesia —suprema expresión de la vida espiritual en la Península—, en la que para Bataillon es la prerreforma cisneriana. Acostumbrados a ver en el Cardenal un personaje de la corte más ligado a la política que al espíritu, suele pasar inadvertida la que

(1) WERNER BANHER: *La lingüística española del Siglo de Oro*.

para nuestro autor es faceta clave de su figura: «en realidad, Cisneros —escribe—, fundador de la Universidad de Alcalá, inspirador de la Biblia Políglota, pertenece a la historia de la Prerreforma por toda una obra creadora que le coloca en primera fila entre los promotores de aquella *philosophia Christi* que va a entusiasmar a Europa, y cuyos destinos en España quisiéramos seguir. Uno de los varios aspectos de esa obra de Cisneros es su actividad reformadora» (p. 2). Actividad que él quisiera drástica y que pronto encontrará cerrada oposición (p. 3), pero que era necesaria, puesto que «el clero secular, en masa, ha renegado casi de su magisterio espiritual» (p. 4), provocando un desarrollo casi prodigioso de las órdenes monásticas y mendicantes. Cisneros también se dispone a reformar estas órdenes y en su propósito encuentra hostilidad, pero también apoyos, muchas veces desconocidos, inconscientes, pero positivos y reales. No es más que una minoría la que defiende la necesidad de reformar. «Esta minoría simpatizará con Erasmo, y aún llegará algunas veces a hacerse sospechosa de luteranismo. Vanguardia del catolicismo, tendrá con la Reforma protestante afinidades profundas que fácilmente pueden quedar olvidadas si nos limitamos a emplear el rótulo de *Contrarreforma* (p. 10).

La tesis defendida por Bataillon es que Reforma y Contrarreforma no son dos compartimentos estancos sucesivos, ni siquiera en España, baluarte absoluto de la segunda, sino que entre ambas hay profundas conexiones, estando las dos precedidas por un movimiento prerreformista que habría sido impulsado en nuestro país por el propio Cisneros principalmente, y que tuvo después una continuación no luterana en Erasmo y sus simpatizantes. Semejante configuración de nuestra historia, defendida con un apoyo crítico inmejorable, arruina de una vez para todas la concepción de España como baluarte intocado de una ortodoxia que cobra su fuerza por reacción ante la herejía. Esta es, naturalmente, un factor, pero la historia no es lineal, directa, sino que su sentido surge en el entretejido de acontecimientos diversos, muchas veces contradictorios, que dan a la tradición una fisonomía mucho más rica de la habitualmente admitida, quitando al dogmatismo tradicionalista y unilateral la mayor parte de sus razones. Ciertamente, hay sectores de la Iglesia —aquellos que la Inquisición representa y en ella se sienten englobados—, que desde entonces defienden la línea directa, la ortodoxia sin fisuras, pero ello no quiere decir que nos olvidemos de los restantes, que adoptemos el punto de vista inquisitorial. Por otra parte, tampoco la Inquisición es una institución de una pieza, hay diversos inquisidores y sus planteamientos doctrinales ofrecen variaciones notables. Pero, de cualquier manera, todos van a condenar por igual los «excesos».

Entre todos los excesos, el más conocido fue el iluminismo. Bataillon presta la máxima atención al iluminismo y las «beatas». Su existencia es un indicio claro de las ansias de reforma. Ansias de reforma sin caer en la heterodoxia que iban a ser satisfechas en parte merced a Erasmo y sus escritos, en los que aparece una nueva concepción de la religión y la moral, impregnando todas las actividades humanas, entre ellas una tan importante como la de reinar. «Un rey no merece el nombre de cristiano para Erasmo sino cuando su política está dominada por la *philosophia Christi*. La monarquía con que sueña el filósofo, monarquía temperada por la aristocracia y la democracia, supone un contrato tácito entre el príncipe y sus súbditos» (p. 80). Lo cual nos da la clave para entender las relaciones entre el humanista y la corte española, relación más estrecha de lo que puede suponerse con algunos miembros de la corte imperial. Sin embargo, Erasmo, a pesar de las invitaciones, no vendrá a España. Más aun sin venir, su doctrina empieza a extenderse, y con ella su fama, como en toda Europa: «el paladín de un ideal atrevido de libertad religiosa» (p. 87), libertad que va a cubrirse de recelo y sospecha tras la condenación de Lutero. Algunos apresurados la engloban con el luteranismo, pero Erasmo quiere continuar ocupando un lugar intermedio. La reforma, en su opinión, no debe ser ni sólo combatida ni sólo ignorada, ante todo debe ser comprendida, y comprendida como consecuencia del estado de la religión y la Iglesia.

«Lutero se mete en un camino por el cual es imposible seguirlo, si se respeta la unidad católica. Pero el espíritu evangélico no puede ser condenado con Lutero; la conservación de la unidad no puede significar un «hasta aquí» en la renovación religiosa que se ha iniciado en todas partes. Esta reivindicación del *evangelismo a pesar de todo* es la que, cada vez más, habrá de encarnar Erasmo» (p. 111). Ahora bien, en los momentos en que estalla la crisis no suelen respetarse—ni entenderse—las posiciones intermedias, las que quieren conservar lo mejor de ambos bandos. La respuesta católica a la herejía luterana es la condena, y ante las protestas de ortodoxia que Erasmo lleva a cabo, la Iglesia espera contar con su colaboración en el combate que se desarrolla. Ello supone abandonar la posición intermedia y, entonces, el humanista «se marcha de allí para no verse transformado en inquisidor» (p. 113), «bregando necesariamente entre Escila y Caribdis, buscará un camino sin romper con la Iglesia oficial, pero sin perder tampoco el contacto con los elementos moderados del luteranismo, hasta las primeras reacciones del Concilio de Trento» (p. 151). En este bregar, el humanista no está solo, tras él hay un grupo grande, y en España sucede lo mismo que en el resto de Europa (cap. III, VI), y se puede

hablar de él como «el alma de una revolución religiosa española» (p. 160).

El erasmismo, indica Bataillon a lo largo de todo el capítulo IV, cae en terreno abonado. Hay un vigoroso movimiento espiritual—iluminados y órdenes reformadas principalmente—con el que el erasmismo puede llegar a confundirse, y de hecho lo confundió la Inquisición—en cuyos procesos suelen aparecer mezclados iluminismo y erasmismo—, dada la abundancia de interrelaciones entre ambas tendencias (natural, puesto que venían a cubrir, de modo diverso, una misma necesidad real). Este terreno en que fecunda el erasmismo es expresión de la crisis europea, pero lo que allí aparece como distinto y enfrentado, aquí está unido y entremezclado. «Estamos demasiado acostumbrados a considerar Reforma y Contrarreforma como dos escuelas de sombrío pesimismo, dominada la una por la inhumana predestinación, y afanada la otra en mantener carne y espíritu en la obediencia al precio de una ascesis sin misericordia. Se explica, así, que nos cueste cierto trabajo llegar a la comprensión de ese momento en que ambas están aún mezcladas y comulgan en un sentimiento optimista de la gracia» (p. 175). Pero una vez alcanzada esta comprensión, difícilmente caeremos en la tentación de explicarnos la historia como un proceso en el curso del cual surgen aberraciones. Por el contrario, la consideraremos como el entretreído de diversos factores que no deben ser condenados. Lejos de condenarlo, Bataillon explica el iluminismo en su raíz histórica: «El iluminismo, hacia 1525, podrá ser cualquier cosa, menos una aberración espiritual o una doctrina esotérica para uso de unos pocos círculos de iniciados. Es un movimiento complejo y bastante vigoroso, análogo a los movimientos de renovación religiosa que se producen en todas partes, y no sólo en Alemania» (p. 185). La condena es, antes que nada, otro de los hilos que componen esa trama, pero nuestra intención es comprender el pasado más que defender la ortodoxia. Aún más, es precisamente de estos contactos, a veces cruentos, de donde va a salir la ortodoxia, y con ella la nueva etapa histórica que define el barroco.

El erasmismo fructifica inmediatamente en la Península impregnando los círculos de alumbrados. Era el tercer camino que, sin aceptar las tesis luteranas, reconoce obviamente la necesidad de una transformación fundamental de la vida espiritual, transformación que va, precisamente, contra intereses, prestigio y convicciones de los poderosos (2), y los escritos de Erasmo, como afirma Maldonado (3), son recibidos por la masa popular mejor que por nadie.

Bataillon analiza pormenorizadamente el desarrollo de la doctrina

(2) Página 209.

(3) Cit. por BATAILLON en la p. 217.

erasmista y del erasmismo que había prendido en España. Es el catalizador de una crisis que tiene amplios alcances: teológicos, morales, sociales, literarios, etc. La presencia de los erasmistas es cada vez más pujante, en ocasiones más allá del propio Erasmo, como sucede con Juan de Valdés (p. 352), de tal modo que llegan a chocar crudamente con la ortodoxia y son duramente combatidos. Bataillon no se olvida del panorama económico-social en que este espíritu se entreteje, mostrando cómo los avatares de esa índole pueden ser determinantes en la concreta evolución del espíritu y la doctrina. El punto crucial será aquel en que algunos erasmistas extremados prescinden de la Iglesia. Alfonso de Valdés es el caso más explícito: «exalta una perfección religiosa enteramente independiente de la estructura de la Iglesia jerárquica. No rechaza esa estructura: la aprovecha. En algunos casos prescinde de ella» (p. 399). Sin embargo, el ideal imperial de una reforma religiosa inspirada en Erasmo que mantienen algunos ministros y secretarios de Carlos V—cuyo momento central es el «saco de Roma»—mantiene todavía la situación. En 1533 no quedará ya nada de ese ideal (p. 530).

«La tormenta tardó varios años en gestarse y en estallar sobre la cabeza de los erasmistas españoles. El comienzo de las persecuciones decisivas coincide, en términos generales, con la partida de la Corte para la coronación de Bolonia, y las persecuciones mismas se escalonan en un período de diez años más o menos» (p. 434). El autor hace un análisis detallado de los procesos principales, son estas páginas esenciales para el conocimiento del iluminismo, que aportan gran cantidad de datos nuevos y una interpretación coherente de los hechos. Los procesos no lo son del erasmismo, sino del iluminismo y luteranismo, mas «lo que constituye el fondo del debate, bajo los nombres de luteranismo o de iluminismo, es la gran reivindicación del culto en espíritu contra la religión ceremonial, reivindicación cuyo heraldo casi oficial, para los españoles de entonces, es Erasmo» (p. 473). La actividad inquisitorial produjo una singular alteración de la atmósfera en que el erasmismo se había desarrollado (p. 487), pero ello no supone—contra la opinión de Menéndez y Pelayo (pp. 494 y ss.)—la extinción de esta doctrina en amplios círculos y su reducción a contados y aislados humanistas. Bataillon examina casos concretos en auxilio de sus aseveraciones: Bartolomé Carranza, Agustín Cazalla, etc., y erasmistas que ocultan el nombre de Erasmo, como Constantino (pp. 522 y ss.), el más interesante de todos. De tal modo que el ideal religioso mantenido por Erasmo va a extenderse en amplios círculos, destacando su influencia sobre la literatura espiritual—Luis de Granada, Fr. Juan de la Cruz, etc.—y la profana (a este respecto es muy interesante la tesis

sostenida por Bataillon respecto al «Lazarillo» y la novela picaresca, negando su adscripción al erasmismo y su prolongación de un anticlericalismo medieval que renacía en el nuevo ambiente).

No son éstas las únicas corrientes espirituales que cobran impulso en nuestro país. Cuando el erasmismo ha sido condenado y perseguido, aparece un racionalismo que si Erasmo podía haber preparado indirectamente, no había adoptado: «...el erasmismo, en conjunto, fue un movimiento fideísta, que oponía a la autoridad de la razón teológica, no la autoridad de la razón simplemente, sino la sumisión a Cristo, cuya ley se resume en pocas palabras, cuya gracia da la libertad interior. Se ve apuntar en el Brocense un racionalismo nuevo, ávido de evidencia, que hace presentir a Descartes, y que Erasmo no hizo más que preparar con su independencia crítica frente a la tradición» (p. 737).

La condena del erasmismo no produce su desaparición, como tampoco desaparece ese racionalismo de nuevo cuño, sino que continúa perviviendo. A este respecto Bataillon sostiene la tesis de un Cervantes influido por el erasmismo (pp. 777 y ss.), en clara oposición al planteamiento de Américo Castro (p. 785), lo que revela tanto la importancia de la estricta doctrina de Erasmo, como su impacto sobre el medio espiritual, mostrando «que el erasmismo, tratado por Menéndez y Pelayo y otros, como una corriente aberrante, heterodoxa, está en estrecho contacto con lo más granado de la Reforma católica, tan engañosamente llamada Contrarreforma» (nota 90, p. 795).



No es necesario elogiar este libro, sólo indicar—como hemos procurado hacerlo a lo largo de nuestro comentario—, que además de suministrarnos inapreciable información sobre el movimiento erasmista y, con él, sobre la configuración espiritual, social y política del país, nos enseña cómo debe mirarse la historia, la necesidad de adoptar una actitud comprensiva y no excluyente ante los movimientos espirituales, pues de lo contrario, inquisitorialmente, empobreceremos nuestro patrimonio.—VALERIANO BOZAL.

CARMEN CONDE: *Un pueblo que lucha y canta*. Editora Nacional. Madrid, 1967.

Mucho admiramos a Carmen Conde. Y no sólo por sus reconocidos valores poéticos y literarios, sino también por su enorme capacidad de trabajo que la sitúa entre las más pródigas de nuestras escri-